

Entre huecos

A pesar de lo mucha competencia estaba encantada de sentarse de nuevo en las Ramblas. Se ubicó, primero, frente la Universidad Pompeu Fabra, pero luego decidió que era mejor orientarse hacia el barrio del Raval. Alcanzaba a vislumbrar, entre los huecos de los paseantes, el bar tronado y marrón en el que siempre se tomaba una absenta a la salud de los bohemios parisinos, los verdaderos artistas, aquéllos que intentaron emular sus contemporáneos en Barcelona, aunque con distintos y variados resultados.

En el poco espacio que le dejaron un colega argentino –siempre encontraba un caricaturista argentino- y una amable sesentona que ofrecía pequeñas y exquisitas acuarelas con mares azules y gaviotas blanquísimas, expuso sus obras más logradas: un Paul Newman de intensos ojos azules entre arrugas, Zapatero con cejas sobresalientes y cuerpo de cervatillo y un Sabina pegado a una nariz de garfio. Para pasar el día había comprado medio kilo de gominotas de frutas, mezcladas las de azúcar con las sin, algunas nubes que le recordaban su infancia y largas regalices negras y rojas.

Lo vio al anochecer: en octubre, en Barcelona, empieza oscurecer a las siete y media. Destacaba entre un grupo de japoneses boquiabiertos. Como siempre, vestía impecable con su pantalón oscuro y su camisa blanca, su uniforme de camarero. Sonriendo, como siempre. Y, como siempre, desapareció entre el gentío.

Nagore sabía que era inútil alcanzarle y por eso hacía años que ya si quiera lo intentaba. Eran apariciones fugaces, primero inquietantes, pero cuando estos encuentros empezaron a ser habituales se convirtieron en reconfortantes. Fuera a donde fuera, sabía que le vería. En su vida había pocas cosas que tuvieran continuidad: cambiaba de ciudad a menudo, llevando siempre consigo sus bártulos de pintura y el diario que empezó a los doce años, el mismo día que murió su padre en el incendio del bar.

La primera vez que lo vio fue en el Arenal de Bilbao, hacía ocho años. Intentó alcanzarle, llamándole a voces. Después lo encontró en Biarritz, al mes siguiente en el Retiro y luego en Málaga, varias veces en Londres y era la tercera vez que estaba en Barcelona: a su padre siempre le había gustado las Ramblas. En París jamás lo había reconocido, aunque estaba segura que la observaba mientras ella pintaba en los alrededores de Notre Dame.

Ya no pretendía hablar con él, detenerlo, abrazarlo. Ahora se limitaba a devolverle su sonrisa. Eso hizo y la Rambla Santa Mónica se tragó a su padre.

Decidió que su jornada había terminado, recogió y se fue al bar de la esquina a tomarse su absenta: entrecerró los ojos para sorberla. No le agradaba demasiado: su sabor era demasiado fuerte.

“Por papa, por Pedro el Camarero, Pedro el Bohemio, Pedro el Artista. Por tí de nuevo, para que volvamos a vernos, entre huecos”.